

geográficas, va al corazón de la América Latina en un vuelo fraternal, no con fines hostiles hacia nadie, sino con miras de unión espiritual entre los pueblos que no pueden hacer otra cosa que estar juntos en el presente y en el futuro.

Esto dice a la hora actual el examen de conciencia de mi patria. Como hizo confesión pública de pasados errores, dice con sencillez a todo el mundo sus propósitos de renovación y lo que ha logrado en su magna empresa. Los grandes dolores de sus últimas contiendas la han enseñado a no confiar en la perfección de la obra.

Mucho ha conseguido, y mucho más le queda por hacer. Sabrá rectificar lo que convenga y derribar lo mal cimentado para una edificación más firme. Pero el rumbo es bueno, y sigue la orientación salvadora.

Y como México no trabaja sólo para él, ofrece sus conquistas a los pueblos de América, con el sagrado voto de que la sangre que derramó a torrentes, ahorre la sangre y la angustia de sus hermanos.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

(El Monitor de la Educación
Común, Buenos Aires).

—¿Al materialismo histórico, entonces?

—Sí.

—Bien, y para mayor estrictez examinemos el caso desde un punto de vista exclusivamente económico.

Los ogros de Perrault, mi buen señor, y en especial, el que figura en *El gato con botas*, son grandes terratenientes, vanidosos, de modales groseros y dotados de un ansia insaciable de satisfacciones materiales. Para calmar su apetito pantagruélico (El adjetivo es redundante puesto que Pantagruel es también un ogro) su sed infinita y su gusto de la opulencia, hacían trabajar de sol a sol a sus gentes en los campos, en los talleres, sobre los caminos de la tierra y en las rutas invisibles del mar. Sus necesidades, sus caprichos, sus intereses, regulaban la vida comercial de la comarca, imponían los precios, fijaban los salarios, establecían los arrendamientos... Así organizada la producción, la vida, para todo otro que no fuese el ogro, resultaba cara, la existencia misérrima, la emancipación económica imposible.

Si aún existiesen los ogros su acción no se advertiría por otros efectos...

—¿Y el hábito de devorarse a las personas?

—Eso era un procedimiento de excepción, que, en definitiva, traducido al lenguaje del materialismo histórico no significaría más que la ruina del comercio minorista por un gran industrial.

Un buen casamiento

Despojada de esos discutibles elementos fantásticos, la trama del *Gato con botas* se reduce a la historia de un buen casamiento. Y es, por cierto, de las mejores del género. Los recursos con que el hijo menor del pobre molinero, sin más fortuna que su gato y sin condiciones de inteligencia ni de ca-

El gato con botas

El artículo que sigue está constituido por breves capítulos de una ligera exégesis del conocido cuento de Perrault.

CON el zurrón en bandolera, las altas botas amarillas subidas por delante hasta cerca de los ijares y el rabo delator arrastrándose desenfadadamente por el suelo; las orejas alerta y velludas, la sonrisa retráctil como la mirada, tras su antifaz de raso oscuro y el busto, al parecer, ceñido de un jubón de terciopelo negro; el protagonista del relato de Perrault es uno de los pocos héroes de la imaginación infantil que resisten, al cabo de los años, la confrontación crítica, el análisis despiadado con que nos vengamos sobre nuestros recuerdos de los desengaños de la vida. Al volver a él, advertimos el sentido oculto de la fábula, — *Le sens mystérieux que leur tour enveloppe*, como dice el mismo Perrault en una de sus moralejas— su profundo realismo, su verosimilitud psicológica. *El gato con botas* tiene, en efecto, muy pocos elementos maravillosos: las botas que lo califican, lejos de parecerse a las de Pulgarcito, apenas le permiten dar un paso, y en cuanto al zurrón que lleva a la granadera, es como la cuenta corriente de los Bancos: no se puede sacar de él más de lo que se ha depositado. Es cierto que hay un ogro, pero lo único que lo distingue son la vanidad y la opulencia, atributos de cualquier *nouveau riche*; y es verdad también que hay un gato que habla, más nada impide admitir esto, aún sin haber leído el *Diario de Sesiones* como una de tantas ficciones literarias.

Los Ogros en la Economía Política

Por todo aquello, la aventura del Marqués de Carabás, merecería de parte de las personas serias, mayor

consideración de la que hasta aquí le han consagrado. Pues, el gato...

—Mi querido señor,—dice en este instante el crítico que siempre nos acompaña y que acostumbra a leer, por encima del hombro, lo que vamos escribiendo— está bien que usted haya aceptado con suma facilidad la suposición de un gato que habla, porque eso le ha permitido aludir irrespetuosamente al Parlamento, y el fin justifica los medios; pero juzgo demasiado ligero saltar con tanta presteza sobre el incidente del ogro. La comparación con los enriquecidos me parece forzada...

—Me explico sus escrúpulos y me jacto de desvanecerlos en un momento. Según la concepción idealista de la historia...

—¡Alto ahí!—vuelve a interrumpir el crítico que se ve venir el inevitable escamoteo de lo real por lo ideal—atengámonos al criterio práctico y positivista de nuestro tiempo.

Si pesca un dolor de cabeza
tome Obleas Cefálicas

Tienen
cafeína

